



Carrusel del Tiempo

OSCAR GUZMAN SILVA

85 Años de Samuel Beckett

Tales años cincuenta ejercía, en "El Mercurio" de Valparaíso, entre obligaciones propias y ajenas, además de otras disciplinas críticas, la de comentarista teatral. Todavía era sereno, como trófeo, los programas de cine de representaciones. En medio de estas, "Esperando a Godot", (1952), de Samuel Beckett. En la época fue estrenada con éxito tal que alcanzó sobre cuatrocientas representaciones en París. Se tradujo a más de veinte idiomas.

Salió de la sala lleno, pero entretenido, sin frustración. Vladimir y Estragon son, en palabras de Martín Alonso, "como dos payasos arrojados a la pista; el uno recibe las bofetadas y el otro es objeto de la crueldad del público". Ambos hablan por hablar, en medio del hastío tremebando de la espera en el escenario que, después de todo, mucho tiene que ver con el mundo actual. Como todos sabemos, Godot no llega. Ni siquiera se conoce como es. O si habrá pasado algo de aparecer ante aquellos alucinados fantasmas. Acaso quedaría, como apuntó el mismo Alonso, alguna sensación sobrenatural. Escribió la obra sin vacilaciones, igual como tenista que devuelve con ánimo la pelota endemoniada del contrario. No lo asustó con los críticos, porque éste, al conocerlo, todavía no los llegaba con todo el abanico que lo haría proverbial en el teatro moderno. El curso, con todo, fue marcado por la fama de Beckett, eficaz de arado original.

Como era mero, todavía, me sentí atrevido al comentar que, al ser presentado la pieza en Nueva York al empresario propuso al autor "que era lo que representaba el personaje de Godot". Él respondió, leve la sonrisa: "¿Unid caso que si yo lo repiera me lo habría dicho en la obra?". Tras ésto, su primera obra teatral, Beckett sucedió, de nuevo, también trajo a aquellos que gustan de los conflictos prematizados, con "Fin de partida" (1957), que es otra inmersión en la nada. Lo mismo pasa con "OH les buenos días" (1963), donde sobrevive el vacío y la fuerza del silencio. Y sus milidos. "El desamparado" (1971), parece concebido como un desafío a los que, hechizados o al borde de la desolación, volvían a las salas a buscar respuestas quedas a sus dudas e incertidumbres.

Sin embargo, cuando en 1969 la Academia Sueca concedió el Premio Nobel de Literatura a nuestro personaje, justificó la decisión, que no dejó de sembrar, al explicar con sencillez: "Porque da nuevas formas a la novela y al drama". Agregó, por si quedara inconcluso aquello, el "reconocimiento de la calidad y originalidad de la obra."



Samuel Beckett.

que sin dificultad aparece como representativa de algo de nuestra época".

Samuel Beckett tenía nombre cuando triunfó en el teatro. En 1945 publicó, en francés, "Murphy", novela que antes había escrito en inglés, que es una autobiografía de sus amores con sus contemporáneos de pluma, donde el protagonista era negro en propia urticancia. Si el siguiente año dio a conocer una colección de "Prosa" — ensayos y poemas no pocos —, el siguiente fueron relatos, "El expulso" (1946), "Molloy" (1951), "Malone muere", casi tegrido y "El honor británico" (1955), todos en francés. Personajes prisioneros de sí mismos, cuya circunstancia, se ha dicho, es inútil, cada vez más callados, apáticos desconcertantes. Sin autoescritura, con sinceridad curiosa, el propio Beckett confiesa: "Escribo Murphy, Molloy y Malone... me han hecho perder el tiempo al hacerme hablar de ellos, cuando era preciso de que sólo de mí se hablase para que me pudiera callar".

Nació en Irlanda el 13 de abril de 1906, hace 85 años, en el seno de una familia protestante y acomodada. Estudió en Dublín, donde su inteligencia fue apreciada por sus profesores y lo admiraba toda la escuela porque era colosal jugador de rugby. En 1923, ya en el Trinity College de Dublín, aprendió francés e italiano y en 1927 se graduó Bachiller en Artes. Por sus méritos colegiales fue a París, como lector de inglés en la Normal. Por aquellos años conoció a James Joyce, el autor de "Ulises", de quien

fue secretario. Las relaciones iban a romperse, después, porque la hija de Joyce se enamoró de él y tuvo la coherencia de decirle que no le gustaba.

Para las mujeres era un hombre demasiado abstraído con el que costaba establecer conversación. Sin embargo, los amores, según queda en algunos escritos, eran frecuentes, aunque con más cara de amoríos. Temido en el círculo cercano de la publicidad, con esa humildad poco frecuente que constituye vocación, ni siquiera el Premio Nobel logró que rompiera su intimidad ante el asedio natural que despertó.

Poco después de doctorarse en Letras, en 1930, al término de sus "Ensayos sobre Proust", traductor de Paul Eluard y también de versiones al inglés del escritor de "A la sombra de las muchachas en flor", breves en universidades inglesas, dejó la vida París y Londres, también la Irlanda natal, porque prefería vivir en el extranjero. Viaja, cual vagabundo, como cualquier de sus personajes, lejos de una sociedad que se califica, independiente, cuyo verdadero "leit motiv" es el cuestionamiento que, personal, de su propio espíritu. Poeta, novelista y dramaturgo, con mayor resonancia en el último género, moderno como el que más, llevó sin alarde una personalidad fuerte y definida.

La embriaguez del absurdo, la coherencia de sobrevivientes que otorga a los versos que dibuja, sencillamente, en medio de un humor ácido que de pronto se vuelve, simplemente, gracia vívida. Aunque caído, parece ser el sobreviviente de una calamidad que hundió la tierra, todavía sin tocarlo, aunque se advierte que tiene plena conciencia de esa realidad tan local que es según existiendo.

Ha dicho de su teatro: "Al fin de mi obra no hay más que ningún poema, ningún verso. No hay modo de continuar". "Va y viene", "La última cosa", "Días felices", han sucedido, pero sin ese mero alucinante, tan insuperado como tegrido, de "Esperando a Godot". En 1963, aceptó la cruzeta alemana, con "Comedia". Pero, en medio de los aplausos, acorralado, urgido, al preguntarse sobre sus proyectos futuros, contestó: "Nunca los tuve. Mi campo de posibilidades para escribir algo bueno es cada vez más estrecho".

Murió en un hospital de París el 22 de diciembre de 1989, agredido de problemas respiratorios. Tenía 83 años. En justicia, escribieron: "En, sin duda, el autor más importante del moderno vanguardismo".

85 años de Samuel Beckett [artículo] Oscar Guzmán Silva.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guzmán Silva, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

85 años de Samuel Beckett [artículo] Oscar Guzmán Silva. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile